

El impacto de la Revolución Cubana en el Semanario *Marcha* entre 1959-1961. Prudencia, asombro y encantamiento

The impact on Cuban Revolution in the weekly paper *Marcha* between 1959-1961. Caution, surprise and fascination

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo explorar el impacto de la Revolución Cubana en el *Semanario Marcha*. Estas hojas buscarán recorrer la recepción de la Revolución desde sus inicios, los acontecimientos más significativos del proceso. Hasta el conflicto de Bahía de Cochinos, desde la óptica del grupo de intelectuales uruguayos. La experiencia de la Revolución Cubana permite a los intelectuales uruguayos establecer un puente con la realidad Latinoamérica y proyectar un futuro revolucionario en una región que por procedencia histórica comparte los mismos problemas vinculados a la dependencia. Para la realización del trabajo se utilizará números del Semanario de *Marcha* vinculados a la Revolución Cubana.

Palabras Claves: Latinoamericanismo, intelectuales, Revolución Cubana

Abstract

This paper aims to explore the impact on the Cuban Revolution in the weekly paper *Marcha*. The reception of the Revolution will be analyzed since its beginning and the most significant events until the Bahia de Cochinos conflict, from the perspective of this group of Uruguayan intellectuals. The experience of the Cuban Revolution allows these Uruguayan intellectuals to establish a connection with the Latin-American reality and to project a revolutionary future in a region, which due to its historic origin shares the same problems related to dependency. In order to carry out this work, some issues of the weekly paper *Marcha* will be used which are linked to the Cuban Revolution.

Key Words: Latinoamericanism, intellectuals, Cuban Revolution

Fecha de recepción: 26 de junio de 2016

Fecha de aceptación: 21 de noviembre de 2016

El impacto de la Revolución Cubana en el Semanario *Marcha* entre 1959-1961. Prudencia, asombro y encantamiento

Nicolás Emmanuel Bonforti*

Sobre el semanario *Marcha*

El Seminario *Marcha* fue publicado por primera vez en junio de 1939 y con el tiempo se convertirá en un hito no sólo para el periodismo uruguayo, sino que extenderá su influencia a todo el continente. Durante treinta y cinco años alimentará debates académicos y políticos y será el espacio de expresión y de divulgación de una extensa red de intelectuales y políticos latinoamericanos. Será precisamente el escenario de Revolución Cubana uno de los momentos de mayor trascendencia de *Marcha* a nivel continental, producto de su adscripción a posiciones terceristas y una relectura de los procesos sociales latinoamericanos.

La cuestión latinoamericana para *Marcha*

Desde los primeros números del *Semanario Marcha* puede observarse una marcada preocupación por la cuestión latinoamericana; el contexto del cual emerge *Marcha* en términos de política internacional está marcado por la Segunda Guerra Mundial cuyo gran teatro de operaciones fue Europa. La cuestión de la guerra y su carácter mundial podían explicarse por la voracidad imperialista de sus naciones impulsoras. Así, los tiempos de guerra en Latinoamérica coinciden con crisis políticas, económicas y sociales, crisis que modificarán el grado de dependencia de nuestros países y su situación satelital con respecto a Gran Bretaña o Estados Unidos de acuerdo a la influencia metropolitana.

En cuanto al hilo conductor con la Revolución Cubana, podemos mencionar cómo Fidel Castro surge como referente universitario y es testigo de la víspera del Bogotazo. La influencia de Fidel en el mundo universitario es ampliamente conocida, y se extenderá a lo largo de todo el continente en el variado mundo universitario latinoamericano. La Revolución en este punto se emparenta con el impacto similar que tuvo la Reforma Universitaria, un proceso de amplia repercusión continental que funcionó como caja de resonancia de cuyo proceso surgieron figuras políticas de prestigio continental como Víctor Haya de la Torre.

La Revolución en el continente tiene esta actividad galvanizadora en la juventud universitaria que permite condensar a sectores estudiantiles de diferentes procedencias vinculándonos y emparentándonos en una causa común que conlleva la pretensión política de extender la Revolución más allá de la isla.

En este sentido es que la huella de la Revolución cala hondo en los hombres de *Marcha* de procedencia universitaria, quienes supieron hacer política a nivel claustro sobre todo en los primeros años del Semanario. De la Reforma del 18 surgió un humanismo intelectual que nos permite hacer una triangulación entre el Semanario y la Revolución Cubana, de este humanismo se desprendió un rechazo a la práctica imperialista vinculada a la acción norteamericana en la región del Caribe.

* Sociólogo. Docente de Seminario de Pensamiento Nacional y Latinoamericano, Universidad Nacional de Lanús. E-mail: emanuelbonforti@gmail.com

Por otra parte, la vinculación de *Marcha* con el mundo universitario se dio en el marco de lo que fueron los cursos de verano en 1958, en el contexto de una reforma universitaria en Uruguay, donde el imperialismo también es denunciado en los albores de la Revolución Cubana. De estos cursos de verano surgió la necesidad de pensar un modelo de desarrollo nacional, esta necesidad que en su origen tomó formato de deseo y se vigoriza con la Revolución Cubana.

Pero la experiencia cubana y el mundo dividido en dos grandes bloques no fue la condición necesaria para que los intelectuales de *Marcha* opten por alguno de los bloques. Lejos se encontraba Carlos Quijano de coquetear con el mundo capitalista, aunque también presentaba sus reparos con la economía dirigida soviética. La conciencia latinoamericana de Quijano, heredada de Rodó, fue moldeada por su paso por la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELDA) donde conoció a hombres de procedencia y formación latinoamericana como el peruano Haya de la Torre, el cubano Juan Antonio Mella, el salvadoreño Víctor Toño Salazar, los mexicanos Siqueiros y Pellicer, los guatemaltecos Asturias y Arévalo, al argentino Ingenieros. Este círculo implicó para Quijano un espacio de formación que lo labrará su prédica política durante toda su producción intelectual.

Pero el acervo antiimperialista de los años 20 se modificó sensiblemente durante los tiempos de la Revolución Cubana y deriva en lo que Aldo Solaris (2015) conceptualiza como *Tercera Posición* "para los partidarios de la Tercera Posición, tal como Arturo Ardao -el cual sostendrá una polémica pública en la columna del Semanario con Solari y Carlos Real Azúa-, la Tercera Posición representaba una postura heterogénea" (Sierra, 2010: 209).

La heterogeneidad de los hombres de *Marcha* en su procedencia ideológica se acomodaba mejor a posiciones terceristas como las que plantea Solari. Este sociólogo uruguayo sostenía que el Tercerismo es una posición en política internacional y no una ideología. El Tercerismo sedujo a sectores que se enrolaron en lo que se conoció como la Izquierda Nacional tanto en Argentina como en Uruguay. Estos se encargaron de vincular el análisis marxista desde una perspectiva diferente a la que promovía la línea soviética del Partido Comunista en sus diferentes partidos satélites del continente. Alejados de la concepción etapista de la historia, los intelectuales del Semanario coincidían en que en el continente americano existía una dinámica de la historia económica y social de desarrollo desigual y combinado; de ahí que la experiencia cubana en buena parte venía a reforzar esta coincidencia.

El fin de la Segunda Guerra implicó necesariamente el reordenamiento geopolítico mundial, situación que conlleva a la emergencia de dos grandes polos, pero totalizadores ambos. La guerra había fomentado una conciencia neutralista a pesar de que muchos sectores liberales presionaban por tomar parte del bando aliado. La experiencia de la neutralidad había penetrado fuertemente en algunos países latinoamericanos, como el caso uruguayo, y la pretendida asepsia tan vinculada a los intelectuales positivistas y espiritualistas de finales de siglo XIX en Uruguay formaba un espacio de presión para participar en la Guerra junto a los aliados. Con la experiencia de la Primera Guerra, la neutralidad se asociaba también al nacionalismo, en este sentido, los sectores de las izquierdas nacionales siempre han tratado de diferenciar el nacionalismo de los países imperialistas, es decir, de características expansivas, y el nacionalismo de los países dependientes de particularidad defensiva. Al adherir a este tipo de nacionalismo neutralista se condenaba cualquier aventura expansionista inclusive de la Unión Soviética.

Las consecuencias del ordenamiento geopolítico ampliaron el proceso de descolonización, esto implicaba para algunos intelectuales de los países latinoamericanos pensar la idea de Segunda Independencia.

Es un período de crítica a cualquier forma de expansión, hasta la del gigante socialista, esto implicaba discutir la idea de imperialismo territorial, la necesidad de encontrar un espacio alternativo es lo que fomenta el desarrollo del Tercerismo, ya en el número 548 de *Marcha*, el propio Quijano (1950: 5) va a sostener que “la médula de nuestra acción es el enfoque anti imperialista de los problemas. Tenemos la conciencia de nuestra pequeñez nacional, medimos las fuerzas entre las cuales por imposición de la geografía vivimos, creemos que a la lucha de clases en el campo interno, corresponde en el internacional la lucha de esfuerzos, entre los poderosos y los débiles. El imperialismo, no es la primera vez que lo decimos, no constituye un hecho que depende de la buena voluntad de gobiernos foráneos. Es un hecho económico, substancialmente y por derivación un hecho político. América Latina, es hoy, por gravitación de aquella geografía antes aludida y la por imposición de las formas económicas de supercapitalismo avasallador que domina en otros países, una especie de zona de influencia de uno de los pocos grandes”.

La década del 50 podría considerarse como un período de reordenamiento del mundo a nivel geopolítico que se formalizó por acuerdos comerciales que implicaban importantes desventajas para los países del cono Sur. La firma del Tratado del Mercado Común Europeo en Roma en 1957 alimentaba la utopía de su homónimo sudamericano, y en Uruguay la cuestión del Mercado Común y los acuerdos comerciales siempre habían sido un tema que generaba expectativas de diferentes índoles. En este escenario se firmaba el 18 de febrero de 1960 la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). La mirada de este tipo de acuerdo por parte de la intelectualidad de *Marcha* es reactiva en un escenario donde Estados Unidos se acerca a América Latina a través de la estrategia de la Alianza Para el Progreso.

La experiencia cubana en este escenario funcionaba como el hilo que le permitía pensar a los hombres de *Marcha* cuestiones latinoamericanas y reactualizar posiciones, en ese sentido la preocupación por la amenaza de los Estados Unidos y su pretensión de influir de manera directa e indirecta en la política interna de los países del continente se hacía presente. La cuestión del mercado común es un punto interesante al que el *Semanario Marcha* consideraba una utopía producto de la interferencia infecciosa del imperio que condicionaba su realización efectiva. En ese punto existía un llamado a la unificación para hacer frente al “vecino poderoso”. De esta manera nuevamente el intento pasaba por vincular a la tradición latinoamericana a un Uruguay excepcional. La idea de Balcanización es algo que se repitió al interior de la intelectualidad uruguaya durante las décadas del 50, 60 y 70, en este sentido, la obra de *Marcha* no escapó a la búsqueda de un pasado en común que no pudo extenderse en el tiempo por el facto balcanizador:

Nos mantienen divididos, para batirnos por separado y para dominarnos con mayor facilidad. [...] Cuando las naciones de América Latina, supediten sus intereses particulares al interés general del continente, cuando comprendan, empujándose sobre el presente, que el acuerdo parcial y aun ventajoso con el dominador coasociado, es, en definitiva perjudicial y desventajosa (*Semanario Marcha*, 1962: 5).

La década del 60 y la Revolución Cubana permitían discutir la integración y la cuestión latinoamericana desde una doble perspectiva: por un lado, ante la avanzada de la Alianza por el Progreso los intelectuales levantaban la voz en tono soberano y con sentimientos de

autonomía frente a lo que consideraban una intromisión cada vez más marcada de la política internacional norteamericana en el continente que se expresaba fundamentalmente en la creación de acuerdos comerciales que impactaban de forma directa en las economías en desarrollo. La integración propuesta por los Estados Unidos era duramente denunciada no sólo por las características del “contrato” sino porque el deseo estaba puesto en que la integración reflejase un proyecto continental amplio. No significa que se rechazaban los avances de la tecnología, no es una integración romántica, sino que los avances, el progreso, debían estar orientados por la planificación económica; es aquí donde surge la cuestión de la ideología y la brújula que oriente la planificación es el socialismo, un socialismo de características novedosas y creadoras.

El segundo punto es la confianza que el proceso cubano generada al interior de la intelectualidad del Semanario que lo observaba y revalorizaba su impronta creadora. El deseo de extender la Revolución se explicaba por el temor de que la misma quedase cercada y por la confianza en un mismo destino para toda América Latina, tanto en las desgracias del pasado, como el futuro prometido. Por lo tanto, Cuba pasaba a ser faro de promesas pero también un proceso generador de inquietudes, donde la ansiedad podía jugar una mala pasada a los intelectuales a la hora de caracterizar la coyuntura latinoamericana.

Pero el acercamiento histórico en el plano de las ideas entre Cuba y el Uruguay excede el tiempo de la Revolución Cubana. En esta cuestión, José Rodó, intelectual de notable predicamento en la generación *Marcha*, en el contexto de la intervención norteamericana en Cuba escribía el ensayo *Ariel* cuyo cuerpo constituye uno de los primeros manifiestos antiimperialistas modernos. En la obra es posible pensar la reivindicación de una raíz común en Latinoamericana que cierre filas ante la amenaza de un país que a pesar de ser del mismo continente no forma parte de ese pasado común, de fondo encontramos una crítica al panamericanismo.

Son Rodó y Vaz Ferreira los intelectuales más influyentes en los primeros cincuenta años del siglo XX. Vaz tendrá una estrecha relación con Quijano dada su pertenencia universitaria. En cuanto a Rodó, su concepción latinoamericanista y su respaldo a Cuba ante la invasión yanqui, su mirada de unificación continental a través de la latinidad en oposición a la influencia sajona propia de los Estados Unidos, harán mella en las hojas del Semanario.

La preocupación panamericanista fue de vital importancia en la región de la Cuenca del Plata, históricamente influenciada por la corona británica que estableció un marco de alianza estratégica con sectores dominantes locales, éstos siempre vieron con inquietud la amenaza norteamericana a nivel comercial debido a que competían y eran productores de los mismos productos agrícolas que los Estados Unidos. A partir de esto, se alimentaba desde arriba el anti panamericanismo en la Cuenca.

La intelectualidad uruguaya en general y la del *Semanario Marcha* en particular siguieron estos acontecimientos con atención. Gerardo Caetano y Adolfo Garcé (2008) en el artículo “Ideas, Política y Nación en el Uruguay” de la compilación de *Ideas en el Siglo* de Oscar Terán, advierten sobre el impacto de los sucesos de la Revolución Cubana en la intelectualidad uruguaya y cómo el sentimiento de esperanza se transforma en preocupación al virar la Revolución al marxismo-leninismo manifiesto y con esto el acercamiento y alineación con la Unión Soviética. De acuerdo con la mirada de los autores, Cuba era la expresión de una Revolución surgida desde América Latina, las aspiraciones sobre una revolución autóctona sobreolaban las cavilaciones de la intelectualidad que veían en el

proceso cubano un hilo conductor con el cual atar al Uruguay a una historia común con el continente, al alinearse Cuba con la URSS los intelectuales se veían obligados a realizar nuevos esfuerzos por comprender un fenómeno que se complejizaba y ponía a América Latina en el centro de la tensión entre los dos bloques hegemónicos.

La Revolución Cubana coincide a su vez con el momento de expansión editorial del Semanario a nivel continental, cuando los intelectuales de *Marcha* se vinculan con otras publicaciones del estilo en países de la región. Además, este período también entra en sintonía con el vigésimo quinto aniversario del Semanario. En esa coyuntura, la famosa Generación Crítica alcanza su maduración. Uno de los miembros de la Generación que mayor alcance tiene en la región fue Ángel Rama (1986) quien en los festejos del vigésimo quinto aniversario escribió un artículo en la Revista *Sur* titulado *La cultura uruguaya en Marcha*. Dicho artículo le permite a Rama vincular la coyuntura local con el derrotero del Semanario el cual según la mirada de Rama atravesaba un momento que caracterizaba de la siguiente manera, “Crear un aparato de comunicación que permitiera fundar legítimamente una ‘literatura’ en lo que ésta tiene de organismo que presupone un creador, un público, y un sistema de valores y temas” (Rama, 1986: 30).

Lo interesante es que el aporte de Rama permite inferir cómo la esperanza en el escenario revolucionario se vincula con la existencia de un nuevo tipo de lector que se forma dialécticamente con el intento de construcción de una nueva escala de valores generados por el Semanario que apuntarían a la formación de una conciencia crítica.

El proceso de la Revolución cubana en las páginas de *Marcha*

La Revolución Cubana ha generado un rico análisis en las páginas del Semanario desde su inicio. De hecho, el análisis excedió el Semanario y se extendió a los cuadernos. En este apartado trabajaremos con algunos análisis del comienzo de la Revolución Cubana, lo que consideramos como el período de reconocimiento del proceso, el proceso de divulgación del mismo y los sucesos de la Bahía de Cochinos.

Conocida es la imagen de los “barbudos” ingresando el primero de enero de 1959. Ahora bien, una semana antes en el *Semanario Marcha* en la edición del 26 de diciembre de ochenta páginas aparecen dos artículos que pueden entrar en sintonía con la llegada de Castro y el Che a la Habana una semana después.

1959 no es un año más en la historia del Uruguay ya que con el gobierno colegiado Blanco se ponía fin a casi una década de la hegemonía colorada, pero el triunfo de los Blancos que impulsaba al poder a la fórmula Herrera-Nardone resultaba atemporal. La tendencia ruralista en un país que ingresaba en la modernidad tardía del capitalismo subdesarrollado era un espejismo para las necesidades del presente, la desilusión sobre el Partido Colorado abría la puerta a la estrecha quimera ruralista del viejo Partido Blanco. La máscara de lo nuevo, pero con antiguo contenido, implicaba el fracaso en el esquema bipartidista.

Los intelectuales de *Marcha* se dedicaban a discutir estos temas, pero con una mirada puesta en el futuro donde la política bipartidista no tenía respuestas. Un joven Alberto Methol Ferré (1958) –intelectual que no era parte del plantel fijo del Semanario– escribía un artículo en un foro abierto del *Semanario Marcha* titulado “Otra vuelta de tuerca”, donde alertaba por lo nuevo que no era tal, y sostenía que lo que se pronunció históricamente como moderno – como el Partido Colorado– tampoco había cumplido con las expectativas de la modernidad

capitalista. El triunfo del Partido Blanco debería implicar el cambio, lo novedoso a una sociedad burocratizada y anquilosada, pero cualquiera de las dos fuerzas formaban parte de ellos. El análisis de ese Uruguay de cambio que tenía más de pasado que de futuro es una alerta ante el contraste de la Revolución Cubana. En su diagnóstico Alberto Methol Ferré leía el presente a través de los problemas estructurales que había significado ser un país que surgió primero como ciudad a pesar de que su riqueza provenía de la campaña, situación que genera especulación al ser la clase portuaria la encargada de dinamizar el proyecto económico del país basado en el intercambio.

El problema del Uruguay en los artículos de coyuntura estaba en el origen, en una estructura económica atrofiada por los intereses de la burguesía comercial. El nuevo cuadro de situación política lejos estaba de ofrecer elementos propositivos, sino que el drama histórico consistía en vivir en una “suerte de piloto automático” durante años donde la programática nacional triunfante tenía respuestas para resolver problemas de antaño y no del presente. El autor del artículo y otros pensadores veían que el cambio que se estaba produciendo en la sociedad civil no operaba en la clase política. La Revolución Cubana viene precisamente a galvanizar responsabilidades, donde la clase política es subsumida en un primer momento por la sociedad civil que impone el cambio. Esa es la clave de lectura que impera en los artículos sobre coyuntura política y que encuentra íntima sintonía con los sucesos de Cuba.

Anunciaba Methol Ferré (1958: 5) en dicho artículo, “cuando una sociedad entera se levanta en vilo sobre un futuro indeterminado, incierto, lo que la historia requiere de cada uno es virtud, de la magnanimidad. Solo desde la magnanimidad podemos fundar un espíritu de empresa, una capacidad de sacrificio de sí mismo, que las comunidades piden a veces imperiosamente a los hombres”.

La sensación de que es necesario el sacrificio, de que un cambio progresivo implica una actitud generosa encontrará en el caso cubano su mejor versión para los intelectuales del Semanario que carentes de una brújula propia al socialismo reivindicarán la nueva situación revolucionaria continental que se abría a partir de 1959. Mientras tanto la búsqueda de horizontes políticos que pudieran sortear una crisis de ribetes ontológicos, una angustia del propio ser que sigue vigente en los escritores de *Marcha* y en los invitados fortuitos de ese período. El mismo Eduardo Galeano (1958) siente en la piel la crisis ontológica que prontamente la Revolución Cubana vendrá a brindar una bocanada esperanzadora:

este es el tiempo de los vacíos que se llenan con humo inútilmente. El tiempo de las verdades aparentes, de las salidas ficticias, de los problemas y las soluciones confundidas tras la bruma opaca que la Impotencia y la desesperación tienden ante ellos. Veladas en una sola sombra, en efecto, se entrelazan la verdad con su apariencia (Galeano, 1958: 5).

La legalidad y el respeto a las instituciones uruguayas habían sido un sello de la pequeña república, hasta la fecha de la Revolución Cubana el Uruguay había interrumpido su ciclo democrático solamente una vez y fue en la década del 30 para recuperar la democracia al comenzar la década del 40. Esa legalidad arraigada a las formas por momentos terminaba siendo un obstáculo a la hora de pensar un cambio radical en la sociedad uruguaya. El viernes 16 de enero de 1959 al calor de la Revolución se publica un artículo en el *Semanario Marcha* titulado “Un dictador cae y una revolución comienza”, el inicio del artículo le permite al Semanario establecer una suerte de juego de apoyos y armar el entramado argumentativo para

defender la Revolución y entender la necesidad de su expansión. En el artículo se denunciaba la utilización de material bélico británico por parte del dictador Batista. El relato en forma de crónica sobre la sucesión de hechos que condujeron a los rebeldes victoriosos a La Habana no le imposibilita al Semanario formular las primeras impresiones sobre los pasos de la Revolución. Estas conclusiones se alimentaban por el temor de los primeros días de un proceso revolucionario que son siempre los más sanguinarios, donde los dedos acusadores y las conductas de los traidores son moneda corriente. Por momentos existía un temor hacia lo nuevo que se ve acompañado por una aspiración y proyección democrática que estaría relacionada a una revolución de carácter popular, y precisamente esos días distaba bastante por la dinámica misma de los acontecimientos de tener un perfil democrático.

La relación con los Estados Unidos era descripta de manera calculadora y se basaba en el clima de tranquilidad que esperaba siempre el capital para el desenvolvimiento apacible de sus inversiones; de hecho, lo que pretendía Estados Unidos es el regreso a la tranquilidad lo más urgentemente posible y garantizar el negocio a los empresarios que decidieron invertir en la Isla. Sin embargo, desde *Marcha* se alertaba sobre esta situación caracterizándola de una calma aparente y relativa a pesar de que el propio Castro había sostenido en una primera oportunidad que no estaba previsto un plan de nacionalizaciones de empresas. De esta manera, la Revolución según la mirada de *Marcha* podría estar caracterizada por un período de dudas acerca del rumbo que tomará en un futuro, incluso buscaba darle cierto nivel de objetividad que encubría cierto deseo de progresividad del proceso. Así en el primer artículo una vez derrotado Batista, el Semanario (1958) sostenía:

Queda ahora a los triunfadores la responsabilidad de hacer de su movimiento ya establecido en el poder, una auténtica revolución. No está por cierto dentro de nuestras posibilidades predecir el futuro. Si algo hay claro es que las fuerzas políticas de la oposición cubana –Graut, Prío, Márquez Sterling, etc.–, se liquidaron junto con Batista. De *las razones de su fracaso* –eran la esperanza revolucionaria hace veinticinco años– deben tomar buena cuenta los triunfadores de hoy (*Semanario Marcha*, 1958: 5).

La Revolución Cubana otorgaba centralidad a una agenda propagandística y desde el gobierno triunfante invitaba a intelectuales de la época a divulgar la situación en la isla. Un caso fue el de Hugo Alfaro –el administrador del Semanario– hombre fundamental en el armado periodístico de Quijano. La preocupación estaba centrada en el curso de la Revolución, la situación de los fusilamientos y la injerencia extranjera en la isla, la cual podía alterar el rumbo del proceso. Hasta el momento de la visita de Alfaro, la mirada del Semanario corría el curso de las especulaciones sobre los hechos de la isla. Su llegada puede considerarse un quiebre en la concepción que tienen los intelectuales del Semanario respecto a Cuba. El viaje permitió además medir el impacto de la Revolución a nivel mundial, ya que además de la visita a la que Alfaro fue convocado asistieron más de cuatrocientos periodistas de diferentes partes del mundo, sobre todo no hispanoparlantes. El flamante gobierno cubano intentaba generar no solo impacto en periodistas e intelectuales sino también en la opinión pública mundial a los fines de despejar los rumores que agitaban las campañas de difamación, que encontraba un clima propicio en el momento de los fusilamientos a los contrarrevolucionarios.

La propuesta de Alfaro era descubrir el proceso de una manera totalizadora, mencionando el cambio revolucionario y el impacto en la subjetividad de los cubanos. En este punto hay una exaltación en la crónica sobre el estilo de vida que llevan los isleños luego del 1 de enero de 1959, hay una permanente referencia a la figura de Castro que en ese momento

ensombrece la presencia de cualquiera de los otros revolucionarios de fustes, la construcción del mito de Fidel es instantánea a la Revolución. Ese mito se consagra definitivamente con su visita meses después a Montevideo. Es con Fidel quien se podía enfrentar a los dictadores del continente y se convertía en llave maestra para la intelectualidad de *Marcha* para la práctica política de la región:

Fidel Castro ya amenazó a los otros dictadores de América (Trujillo, Somoza y Stroessner) con empezar la tarea de derribarlos. Deliciosa ingenuidad del hombre de Sierra Maestra, sobre todo peligrosa ingenuidad, que deja temerariamente al descubierto un flanco esencial para la amenazada soberanía de Cuba, mientras el vecino todo poderoso cautamente reordena sus piezas (*Semanario Marcha*, 1959: 14).

El optimismo de la nueva realidad chocaba con lo que más aterraba a los hombres del *Semanario*, los fusilamientos debido al antecedente de veinte mil personas desaparecidas durante el régimen de Batista, donde se escondía cualquier tipo de violación a la integridad de las personas. Este antecedente formaba parte de un recuerdo latente que querían evitar, temían que el proceso de juicio revolucionario y fusilamiento fuera la reacción desencadene a un proceso de violencia multiplicadora en un escenario donde la intervención yanqui era posible:

Son condenables los fusilamientos que manchan la victoria. Reconocemos que, a veces, hay motivos políticos que los hacen necesarios. Pero una vez obtenido el triunfo y consolidada la revolución, parecería que son inútiles. Por mucha familiaridad que tengan los revolucionarios con la muerte, nada justifica que la establezcan como pena corriente (*Semanario Marcha*, 1959: 28).

Así, el énfasis en los fusilamientos se centraba fundamentalmente en las consecuencias que un proceso de violencia descontrolado podía implicar. Esta tendencia que podía tener rasgos tácticos se explicaba a partir de la concepción democrática republicana de muchos de los intelectuales del *Semanario*, concepción que incluía a toda la intelectualidad uruguaya en un país donde la violencia política no era un rasgo del pasado reciente como si lo fuera en Cuba durante todo el siglo XX. Uruguay, en este punto, después de 1904 no tuvo procesos políticos violentos, exceptuando los levantamientos contra la dictadura de Terra en los cuales algunos de los hombres de *Marcha* habían participado conspirativamente.

Un viaje que zurce a todo el continente

El 5 de mayo de 1959 es el día de la boda entre el *Semanario* y la Revolución. Montevideo hospedaba al naciente mito Fidel Castro quien ofrecía un memorable discurso en la explanada municipal de Montevideo, repasando los momentos cruciales de la Revolución, su importancia a nivel continental y la necesidad de defender el proceso ante los amagues de la reacción. El discurso se estructuraba en tres partes, la primera con una impronta puramente latinoamericana, la segunda recuperaba aspectos del pasado y presente uruguayo y la tercera es una suerte de síntesis entre las dos primeras donde mencionaba la importancia de la unión continental para enfrentar los nuevos escenarios.

En su intervención Castro daba cuenta de la factibilidad de la extensión de la Revolución Cubana, la cual explicaba mediante la confianza en la existencia de una Nación Sudamericana, una suerte de Estado supranacional construido a través del legado español que había unificado el continente en la conquista, sosteniendo que en el pasado continental se encontraba el reaseguro del futuro para acceder al sueño de la Revolución en el presente. Un

discurso que apelaba a las coincidencias culturales fomentadas por la presencia de una misma lengua desde el sur del Río Bravo hasta Tierra del Fuego, una historia en común donde las divisiones fueron impuestas por los imperios que habían producido un corte en las subjetividades y en las tradiciones orales. Este escenario balcanizador le permitía a Castro explicar los puntos de coincidencia históricos, en este esquema las hojas del *Semanario Marcha* resignifican y desarrollan el discurso de Castro:

Si somos una sola cosa, si hasta en el físico somos tan parecidos que nadie osaría distinguirnos si no le presentamos un pasaporte; si somos tan iguales que a mí hoy, por ejemplo, me parecería absurdo que alguien viniera a decirme que le estoy hablando a un conglomerado distinto al conglomerado de mi patria (discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del gobierno revolucionario, en la explanada municipal de Montevideo, Uruguay, el 5 de mayo de 1959).

Con la experiencia de Cuba se abría en el Uruguay una discusión encarnada en torno a la identidad, el desarrollo de colonización, la relación con la política inmigratoria, la construcción de la Suiza sudamericana íntimamente vinculada a cierto componente racial blanco. Esta discusión termina de cierta manera conformando un nuevo tipo de identidad impulsada desde arriba hacia abajo, es decir desde una Estado formador de una subjetividad que imploró por una identidad ajena a la realidad continental. Con el discurso de Fidel quedaba de manifiesto que América tenía una tradición en común donde confluían, indios, españoles y negros, y el Uruguay no escapaba a esa tradición mestiza. De cierta manera cuando el discurso de Castro va a en esa línea los hombres de *Marcha* sintieron una interpelación sobre una cosmovisión que ellos mismos desplegaron desde sus pasos por el diario *El Nacional* y el *Semanario Acción* y en ese momento veían cristalizar en *Marcha*.

Ese proceso de fusión no planificado que los americanos advirtieron cuando ya estaba consolidado y construía un *novum* histórico como el americano, esta descripción latente, se les presentaba a los ojos de los intelectuales de *Marcha* en el discurso de Fidel en Montevideo.

El elemento cultural y la relación Cuba-Uruguay excedían la Revolución, pero encontraba en el estallido de ésta el combustible para volver a alimentarla. Había surgido, como mencionábamos anteriormente, de la concepción latinoamericanista de Rodó y su relación con Cuba. La influencia de Rodó en la Generación *Marcha* es palpable y por extensión la simpatía cubana. En el primer cuaderno de *Marcha* dedicado a Rodó, se publica un artículo de Eugenio Petit Muñoz (1967) titulado “El Maestro de la Juventud” donde puede encontrarse una esperanza hacia el futuro, concepción típica de la generación rodoeana donde el horizonte de la humanidad se encuentra en el futuro. La Invasión yanqui a Cuba generaba la toma de conciencia crítica de buena parte de la intelectualidad latinoamericana y con Rodó se le otorgaba centralidad a la figura del intelectual y a la red de intelectuales que desarrollaban una resurrección idealista como menciona Petit.

El mensaje esperanzador de Castro con acento en el porvenir de la región, pero de corte historicista, nutre la esperanza de los intelectuales de *Marcha* y desde la mirada del *Semanario* Castro se construye como un espejo cubano de las enseñanzas de Rodó pero que superaba el estadio del idealismo. Es Castro un cuadro político pero también es un intelectual antes de ser un estratega militar, Castro era para algunos autores la última expresión del movimiento reformista y en este punto podríamos pensar a Rodó como el primer proto reformista de alcance latinoamericano.

Si las coincidencias eran amplias para pensar la nación latinoamericana, debido al fuerte lazo cultural y una historia en común, el fracaso de la Nación estaba dado por la imposibilidad de realización del mercado interno único. Las palabras de Fidel cubrían aquella tradición del destino propio y de la unidad a través de las idiosincrasias de los pueblos, pero también guardaba para lo último la explicación económica, que era la garantía para que el proyecto unionista de corte idealista se materialice y la Revolución Cubana pueda sostenerse en el tiempo.

Para que no hagan falta pasaportes, para que no existan barreras, para que lo que ustedes produzcan, los cubanos lo podamos comprar; para que lo que los cubanos produzcan, ustedes lo puedan comprar; para que en las industrias que aquí se establezcan un cubano pueda venir a trabajar y no tenga que abandonar a los de su raza para irse a trabajar a otros pueblos extraños a su raza; para que nuestros productos tengan amplio mercado (Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del gobierno revolucionario, en la explanada municipal de Montevideo, Uruguay, el 5 de mayo de 1959).

La visita de Castro por el continente, les permitía a los intelectuales del Semanario realizar un diario de viaje generado a partir de la cosmovisión del líder cubano, pero también trazar un mapa comparativo con la realidad de otros países y líderes latinoamericanos y su posición contra el imperialismo. Dicho viaje entonces le posibilitaba al Semanario criticar las concesiones de Siles Zuazo en Bolivia y Frondizi en Argentina.

Castro rescata en su discurso los rasgos positivos del Uruguay moderno, la civilización, su cultura, la estabilidad democrática, la posibilidad de que gobierne un cuerpo colegiado, es decir un poder político compartido entre dos fuerzas. Castro necesitaba también ser una suerte de diplomático a los fines de obtener un mayor apoyo de los gobiernos de los países del continente y evitar el cerco que le proponía la propaganda imperialista. Pero Castro emergía para la opinión pública uruguaya como un nuevo tipo de político, y en este punto observaban como positivo el viaje del revolucionario, alejado de la impronta del estadista vacío de oratoria y ajeno a las preocupaciones de las mayorías.

Al recuperar la gira latinoamericana de Castro y no centrarla en su paso por Montevideo, *Marcha* reforzaba la mirada latinoamericana de la Revolución donde el Uruguay se ofrecía como un eslabón más de una cadena revolucionaria continental. Es un gesto de humildad intelectual que se contrastaba con las antiguas generaciones del Uruguay excepcional.

La unidad de Latinoamérica no es un mito o un sueño. Castro se fue, pero todos sabemos ahora que allá en el Norte velando como David junto a un coloso pequeño país monta guardia y comparte nuestras esperanzas. A través de un continente patéticamente desunido, el vuelo del avión de Castro ha trazado una línea de unión, una evidencia de la identidad que empuja hacia un destino común a todos estos países (*Semanario Marcha*, 1959: 14).

La lectura de Castro da cuenta también de alineamientos a posiciones terceristas. Un claro ejemplo de esto fue la difusión que le otorga el Semanario a estas posiciones durante la década del 60; en el vigésimo quinto aniversario se publica una edición especial titulada *El Tercer Mundo entra en escena* (1964) donde se deja entrever un hilo conductor en los procesos latinoamericanos que surgen producto de un pasado en común.

La Revolución Cubana y las consecuencias inmediatas. Espejos que se abren en el continente

Es que el caso cubano en la región abría una serie de discusiones y procesos de enconado conflicto social en el continente a los que *Marcha* no permanecía indiferente. De fondo se encuentra el debate sobre el panamericanismo y sus alcances, debate de vieja procedencia pero que en el contexto de la Alianza para el Progreso recobraba vitalidad pública.

La Revolución Cubana se ubicaba por encima de las discusiones entre los dos bloques -socialistas/capitalista- rompía con la lógica de vinculación con el Partido Comunista y su conexión soviética. Cuba expresaba para *Marcha* la tensión entre el panamericanismo y el latinoamericanismo, es así que criticará aquellos que intentaban definir a la experiencia cubana como un reflejo del partido comunista, si Castro y Cuba son la expresión del latinoamericanismo son Somoza y Trujillo los dictadores aliados al panamericanismo. Se construía otra lógica binaria en la cual la idea de la interferencia comunista en el continente pierde fuerza al circunscribir a la Revolución a un fenómeno de largo alcance producto de la tensión panamericanismo-latinoamericanismo.

La Revolución Cubana coincidía con el 25° aniversario del asesinato del nicaragüense Augusto Sandino y para la década del 20 parte de la joven intelectualidad uruguaya, entre ellos Carlos Quijano, mostraba especial interés por los sucesos en Nicaragua y la figura del "General de los hombres libres" como se conocía a Sandino. A meses de la Revolución Cubana, Julio Castro escribía un artículo titulado "Sandino, el libro de Gregorio Selser", dicho libro se había publicado por primera vez en 1955, lo que para Castro no es un dato menor ya que la ubicaba en un período de auge de la literatura política y el ensayo centroamericano a partir de la intervención de Estados Unidos en Guatemala en 1954. Julio Castro, mano derecha de Quijano desde épocas de militancia juvenil, era un conocedor de la cultura latinoamericana, su formación como pedagogo- educador y su curiosidad por el continente generaron que su apellido sea una referencia en congresos sobre pedagogía en el ámbito de la educación rural.

De acuerdo a la mirada de Castro en el artículo, la responsabilidad de los Estados Unidos en el asesinato de Sandino era clara ya que el asesino se convertirá en presidente de aquel país y obtendrá el reconocimiento y la amistad del imperio del Norte. El comentario de la nueva edición ampliada del libro de Selser le permitía a Julio Castro trazar una línea de continuidad histórica entre los sucesos de Nicaragua, sus maestros, Cuba y el futuro de la región. Sandino era el primero en materializar en el plano de la acción lo que la generación de intelectuales de Rodó había promovido desde el plano de las ideas. Julio Castro contextualiza el accionar de Sandino en el período en que la intelectualidad montevideana –entre ellos los intelectuales de *Marcha*– se alimentaban intelectualmente de las obras de Vasconcelos, Ingenieros, Palacios y Ugarte. La crítica antiimperialista de la intelectualidad de la década del 20 seguía presente en la bitácora de Castro y le permitía trazar un puente con el presente, la Revolución Cubana y la influencia de los Estados Unidos no sólo en la zona del Caribe y en el Canal de Panamá sino con el resto del continente. El artículo de Selser (1959) era una expresión que para los intelectuales de *Marcha* el análisis del conflicto social a nivel continental pasaba por la lógica panamericanismo-latinoamericanismo.

Hoy que el problema no se reduce al Caribe, sino que estamos todos dentro estrategia del Pentágono, el Istmo es todo el hemisferio. El símbolo de Sandino, ha tomado extensión continental. Su vigencia es tan amplia, como lo es en fuerza expansiva de los conquistadores (Selser, 1959: 19).

Ante cualquier intromisión impulsada por la Organización de Estados Americanos sobreolaba el recuerdo de la intervención en Guatemala en 1954, con la Revolución Cubana el recuerdo en auge adquiría una sensación híbrida para los hombres de *Marcha*. Con posterioridad al triunfo de la Revolución, Nicaragua atravesaba un proceso insurreccional en ascenso que generaba esperanzas ya que se lo emparentaba con el accionar revolucionario cubano sobre todo en la cuestión de las prácticas guerrilleras y la táctica del foquismo que había tenido éxito en la isla de Caribe, pero también instalaba cierta inquietud debido a que la OEA se aprestaba a intervenir tratando de bloquear otra experiencia a la cubana.

La situación en países con gobiernos afines al panamericanismo como Trujillo, Somoza, etc., identificados como democráticos por los Estados Unidos va a generar una serie de reflexiones por parte de la intelectualidad de *Marcha* vinculadas a repensar aspectos de la democracia y las instituciones. En este sentido el jueves 30 de abril de 1959 Carlos Quijano editorializaba el artículo “Realismo y Oportunismo” donde analizaba la situación de los países latinoamericanos y su relación con los valores democráticos. Quijano partía de los casos de Chile, Uruguay y Ecuador como excepciones al resto de los países del continente donde eran frecuentes los golpes de Estado. Paradójicamente hacia 1959 solamente en el continente existían tres países con gobiernos autoritarios, Nicaragua, República Dominicana y Paraguay. Ante una posible confusión de pensar al continente con patente democrática, Quijano consideraba que existían prácticas residuales autoritarias en países con gobiernos elegidos democráticamente. Dichas prácticas emanaban de una nueva realidad que era la persistencia en nuestros países de la línea liberal con ropaje democrático impulsada por la tradición del panamericanismo. Las llegadas de las inversiones de Estados Unidos eran acompañadas por una ola democrática oportunista y vacía de contenido, que implicaba la concesión de soberanía y un giro a la relación comercial en los países de Latinoamérica que priorizaban la alianza comercial con Estados Unidos. “El panamericanismo no es –creemos– sinónimo de democracia. Y tal como se práctica, suele ser un escollo en el camino de nuestra auténtica e irrenunciable liberación” (*Semanario Marcha*, 1959: 5).

La realidad de una democracia con ribetes autoritarios en la mayoría de los países del continente contrastaba con la experiencia cubana y este cruce le facilitaba pensar la ambigüedad del concepto democracia en la situación local.

La invasión norteamericana a la Isla refuerzo del sentimiento como reaseguro del sentimiento cubano en *Marcha*

El 21 de abril de 1961 *Marcha* publicaba una nota en su primera página titulada “El Crimen y la Hipocresía” donde denunciaba la invasión norteamericana a Cuba. Hacia el fin del artículo *Marcha* informaba sobre el triunfo del pueblo cubano en la invasión a Bahía Cochinos, comunicando que se había ganado la primera batalla, y que pronto Latinoamérica ganaría la guerra. El artículo tenía las características de un comunicado denunciante con una alta cuota de moralidad y ética latinoamericanista, e intentaba situar a la invasión en una larga cadena histórica de intentos yanquis por disciplinar cualquier proyecto autónomo en la región. Con la invasión a Cuba se iniciaba un nuevo proceso que *Marcha* conceptualizaba como el neoimperialismo donde Kennedy pasaba a ser el nuevo heraldo de las prácticas imperialistas.

La invasión a Cuba modificaba la distribución de los artículos en el Semanario, es por eso que *Marcha* presentaba más de un editorial, es que para los intelectuales del Semanario en Cuba se jugaba el destino de la región. En otro de los editoriales se detallaba pormenorizadamente la planificación interna de la invasión y el respaldo en logística y entrenamiento que Estados Unidos proveyó. Esta presunción se enfatizaba tomando las declaraciones de Kennedy, quien a días de la invasión sostenía que su país no había participado en ella, pero veía con simpatía el accionar contrarrevolucionario. La referencia a la continuidad histórica sobre las intervenciones militares estadounidenses en América Latina, la mención de los intentos desestabilizadores en Veracruz, Panamá, Guatemala, servían como premisa de un razonamiento lógico y posicionamiento político en el que la conclusión de la reflexión no se explicaba por el antagonismo capitalismo o socialismo soviético, sino que el argumento transitaba por la contradicción entre panamericanismo o latinoamericanismo.

La marcada obstinación de Kennedy por el comunismo encubría el rechazo a cualquier movimiento de liberación nacional. Este argumento para los intelectuales del Semanario permitía englobar el conflicto a nivel mundial, superando las contradicciones entre panamericanismo y latinoamericanismo para pasar a una dimensión de mayor escala que era la contradicción entre imperio y Nación. Así, cualquier manifestación de un movimiento de liberación nacional era sospechado de comunista, sucediera en Laos, Argelia, o en cualquier país latinoamericano.

La admiración a Castro en aquel viaje por el Continente ahora se extendía al pueblo cubano que generaba una verdadera enseñanza y le otorgaba un plus en comparación con otros pueblos de la región. *Marcha* se preguntaba ¿Por qué cayó Perón? ¿Por qué se produjo el derrumbamiento de Guatemala? Precisamente porque las diferencias entre el pueblo y la conducción generaron un vacío en la organización y resistencia popular y el caso cubano les permitía explicar a los intelectuales de *Marcha* la importancia de la organización popular en las calles.

El intento desestabilizador posibilitaba al *Semanario Marcha* reflexionar sobre experiencias de corte populista ocurridas en el continente durante las décadas del 40 y 50. Los intelectuales sostenían que el nivel del conflicto contemporáneo a la Revolución Cubana cancelaba cualquier tipo de experiencia política similar al Varguismo, al Peronismo o al MNR boliviano. Esta cancelación se generaba según la interpretación del Semanario por fuerzas externas –imperialismo– que no estaban dispuestas a la reedición de fenómenos políticos de esa índole y porque la dinámica del conflicto social obligaba a salidas más radicales que las desarrolladas por los proyectos populistas.

La invasión abría un espacio para la esperanza en el futuro: el sacrificio del presente, la obstinación de los movimientos nacionales y el inevitable triunfo sobre el imperialismo asomaban en las páginas de *Marcha*:

Sabemos que después de la sangre, sudor y las lágrimas, después de la ola de calumnias y de mistificaciones y apasionamientos enceguedores, que ya ha comenzado a difundirse, la verdad resplandecerá y que nuestros pueblos conquistarán, al fin, con su sacrificio –única conquista valedera– y a despecho los gobierno títeres, renuentes y cautos que disimulan con su silencio la cobardía para dar la cara al reto, su auténtica, su necesaria liberación (*Semanario Marcha*, 1961: 5).

Conclusión

La Revolución Cubana en su primer momento generó un impacto por la rapidez de los acontecimientos y el resultado favorable para los revolucionarios. La expectativa revolucionaria creaba en los primeros días incertidumbre debido a que varias revoluciones ya habían sido traicionadas una vez instaladas en el poder. Por otra parte, la violencia propia de los cierres de ciclo revolucionarios, inquietaban a los intelectuales del *Semanario Marcha*. El quiebre a los interrogantes se perfilaba con los viajes que desarrollaron algunos de los hombres de *Marcha* por la Isla y terminaba de quebrarse con la gira de Castro por Latinoamérica. A partir de aquí el *Semanario* promueve una defensa abierta a la Revolución Cubana centrada fundamentalmente en la conducción de Fidel. Con el intento de desestabilización reaccionario y de intervención indirecta de Estados Unidos se reforzaba el sentimiento cubano en la redacción a través de dos dimensiones: por un lado, con el pueblo cubano, el que comenzaba a ser descrito como un sujeto activo y revolucionario; y, por el otro, se reforzaba en el rechazo hacia las políticas neo imperialistas de los Estados Unidos.

Estas dimensiones permiten que se genere una esperanza revolucionaria hacia el futuro que no ligada a una actividad coordinada por un partido político en el sentido tradicional sino por un movimiento más amplio de formación antiimperialista. En este punto, los partidos tradicionales no podían dar respuesta a la situación de dependencia que había generado el imperialismo. La idealización al pueblo cubano y la preocupación por el neoimperialismo fueron generadores de un reflejo necesario que debía producirse en toda Latinoamérica, donde Uruguay se convertía en un desafío que adquiriría doble valor en su conquista hacia la democracia social, horizonte de los intelectuales del *Semanario*, debido a su caracterización de excepcionalidad construida por la *intelligentzia* montevideana semicolonial a la que tanto los intelectuales de *Marcha* habían discutido.

Bibliografía

Alfaro, Hugo (1970): *Antología de Marcha 1939*, Biblioteca de Marcha, Montevideo.

Altamirano, Carlos (2010): *Historia de los Intelectuales en América Latina. Tomo II*, Editores Katz, Buenos Aires.

Basso Peirano, Luisa (2001): *Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus cuadernos*, Ediciones Textos Libres, Buenos Aires.

Blixen, Carina y Barros Lemez, Álvaro (1986): *Cronología y Bibliografía. Ángel Rama*, Fundación Ángel Rama, Montevideo.

Bourdieu, Pierre (1999): *Intelectuales política y poder*, Eudeba, Buenos Aires.

Funes, Patricia (2004): *Historia de las Ideas políticas en América Latina*, Ediciones Colegio de México, España.

_____ (2006): *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte en Latinoamérica*, Prometeo, Buenos Aires.

Prieto, Alberto (2009): *Procesos revolucionarios en América Latina*, Ocean Sur, México.

Quijano, Carlos (1990): *América Latina Una Nación de Repúblicas. Tomos III y V*, Ediciones Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, Montevideo.

Real de Azua, Carlos (1994): *Tercera Posición, Nacionalismo Revolucionario y Tercer Mundo*, Editorial Cámara de representantes República Oriental del Uruguay, Montevideo.

_____ (1997): *Historia y Política en el Uruguay*, Editorial Cal y Canto, Montevideo.

Sierra, María del Carmen (2010): *Carlos Quijano y Marcha. Una visión transformadora del país*, Ediciones Brecha, Montevideo.

Solari, Aldo (1965): *El tercerismo en el Uruguay*, Editorial Alfa, Montevideo.

Stabb, Martín (1969): *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano*, Editorial Monteavila, Buenos Aires.

Terán, Oscar (2008): *Ideas en el Siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano, Siglo XXI editores*, Buenos Aires.

Walzer Michael (1993): *La compañía de los críticos intelectuales y compromiso político en el siglo XX*, Nueva Visión, Buenos Aires.